

*EL RELATO PERIODÍSTICO DE LA FIESTA DE TOROS:
DE LA RESEÑA DEL SETECIENTOS A LA
MODERNA CRÓNICA TAURINA*

Juan Carlos Gil González¹

I. Acotaciones preliminares.- II. Primeras reseñas de toros: textos técnico-informativos.- III. Folletines de toros: textos lúdico-políticos.- IV. La revista de toros: el pórtico de una revolución.- V. La sublevación belmontina y la aparición de la crónica taurina.-



I. ACOTACIONES PRELIMINARES



cercarse al vasto y resbaladizo ámbito de la crónica taurina con la intención de brindar una catalogación cerrada de sus posibilidades exigiría una labor de documentación ingente y un trabajo minucioso de una colosal lista de autores que nos conduciría probablemente a un callejón de difícil salida plagado de excepciones y contraexcepciones. A esta nada desdeñable dificultad hay que añadirle otras no menos importantes: la brumosisidad de las fronteras del concepto de crónica periodística, las distintas posturas sostenidas por la doctrina y la sempiterna y siempre inconclusa disputa entre crónica taurina y crítica taurina.

¹ Licenciado en CC. de la Información realiza el doctorado en el Departamento de Periodismo de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla y comparte la docencia de la asignatura de Libre Configuración *Toros, Sociedad y Periodismo* (antes *Sociología del Arte de la Tauromaquia*) con Pedro Romero de Solís. Su e-mail es serenon@vodafone.es.

Esfuerzo, pues, poco grato e infructuoso que con más frecuencia de la debida estaría sujeto a revisiones ulteriores debido a la dificultad que supone trabajar con textos subordinados casi exclusivamente a la sutileza de sus signatarios.

Con estas palabras preliminares simplemente quiero decir que la finalidad de este artículo no es otra que exponer algunas de las estructuras más típicas de las crónicas taurinas que se han ido repitiendo a lo largo del tiempo. Así pues el objeto de mi presente reflexión es el análisis de los textos taurinos publicados en los periódicos de información general más representativos del siglo XVIII, XIX y primeros años del siglo XX. Dejo apartados, a un lado, los periódicos exclusivamente taurinos (como *La Flor de la Canela* o *El Enano*, *Boletín de Loterías y Toros*) y a otro, las revistas especializadas (Fig. n.º 117).

Los primeros han sido ampliamente estudiados por Alejandro Pizarroso ("Prensa y toros en el siglo XVIII" en *Revista de Estudios Taurinos*, 2004, n.º 18: 205-249) y las segundas presentan unas peculiaridades de edición, estrategias, periodicidad... que exigirían un estudio aparte. Aplicar las mismas variables de análisis a los textos taurinos publicados en un medio generalista y a los divulgados por una prensa especializada nos arrastraría, sin duda, a resultados aberrantes.

Por otro lado, como los cambios acaecidos en el mundo de los toros han repercutido en la plazoleta periodística y viceversa, es decir, como la evolución del periodismo y de la tauromaquia han corrido paralelas, pues también me propongo explicar cómo a la vez que se sucedían las transformaciones taurinas iban cambiando las narraciones de toros.

Para acotar con claridad este trabajo, es preciso aclarar que aunque Gómez Aparicio (1971: 583) sostiene que «la información taurina fue en España, no tan antigua como las fiestas de toros, pero sí como las más remotas hojas noticieras impresas» he preferido no profundizar en el estudio de las relaciones de

“Fiestas y Cañas” de los siglos XVI y XVII. La justificación es bien sencilla: las referencias taurinas en esos documentos son meramente anecdóticas y tangenciales, puesto que el objeto de estos textos no era informar, sino enfatizar las heroicas virtudes de los caballeros, realzar el exorno de sus ropajes, su gallardo arrojo para zafarse de las fieras y su galantería para embelesar a



Fig. n.º 117.- Portada de un ejemplar de *El Enano* (Madrid).

las damas de noble estirpe... Más que ante un ejercicio de periodismo, nos encontramos ante las primeras manifestaciones de propaganda. En este caso lo taurino es una mera estratagema para enaltecer los símbolos de poder de la época.

He preferido por tanto iniciar este largo recorrido en la última década del siglo XVIII, momento en el que el toreo a pie

ya se puede considerar como fenómeno diferente y separado del lanceamiento noble y caballeresco. Consolidado y escuetamente organizado el espectáculo taurino, es el momento propicio para que los periódicos empiecen a publicar de forma habitual relatos taurinos, a los que considero el germen de lo que hoy se denomina crónica taurina.

II. PRIMERAS RESEÑAS DE TOROS: TEXTOS TÉCNICO-INFORMATIVOS

Por sorprendente que pueda parecernos, el inicio y la fulgurante implantación de los cambios revolucionarios que trajo consigo el derrocamiento de la monarquía en Francia (1789), influyeron indirectamente en la publicación de información taurina en los diarios españoles. Nuestras fronteras físicas con el país vecino se cerraron a cal y canto pero no fueron las únicas medidas preventivas tomadas por Carlos IV. Para evitar que hubiese adeptos a la causa revolucionaria en nuestro territorio «el 24 de febrero de 1791 se promulgó un decreto suprimiendo todos los periódicos con la excepción de la *Gaceta* y el *Diario de Madrid*, al que se le prohibía tratar temas políticos de cualquier clase» (Forneas, 2000: 40-41).

Vetada la posibilidad de escribir de política y con cuatro páginas que cubrir de información para que el *Diario* saliese a la calle, no debe sorprendernos que el editor del periódico, Santiago Thewin hiciese solícitas apelaciones a los lectores invitándoles a colaborar en la tarea.

Aunque ya en otras ocasiones la *Gaceta* había publicado notas taurinas en sus páginas sobre la recaudación económica de las funciones de toros, por aquel azaroso trance, el 20 de junio de 1793 *Un Curioso* envía al *Diario de Madrid* un relato taurino del festejo celebrado en la plaza de los Reales Hospitales de la Villa y Corte. A partir de esa fecha, el periódico tiene a bien

tomar por norma la publicación de informaciones sobre las funciones de toros que se lidiaban en Madrid. Cuando *Un Curioso* no asistía al festejo la reseña llevaba la firma de *El amigo de Un Curioso*, dato que revela que la información taurina en el *Diario de Madrid* no era eventual sino que contó con un espacio reservado hasta finales del siglo, en que fue suprimida.

Éste es el punto inicial de mi largo trayecto, a pesar de que Celia Forneas (2001) haya defendido que hay que esperar hasta el 16 de julio de 1828 para encontrar, en *El Correo Mercantil*, la primera crónica taurina de la historia del periodismo taurino. Sin embargo, yo defiendo que puede mantenerse la fecha del 20 de junio de 1793 porque, si no en el primer texto firmado por *Un Curioso*, al menos sí en los sucesivos, puede encontrarse la combinación de elementos informativos con juicios de valor, rasgos éstos propios e indispensables de lo que entendemos actualmente por *crónica de toros* y que, sin embargo, como acabo de recordar, la Dra. Forneas consideró que sólo se dan, por primera vez, en *El Correo Mercantil*.

Es difícil delimitar categóricamente los contornos temporales de las notas taurinas que yo he denominado *reseñas técnico-informativas* pero puede afirmarse, sin temor a equivocarnos, que su aparición y auge se produce en los años finales del siglo XVIII y se mantiene hasta el primer tercio del siglo siguiente. Dentro de este primer arquetipo podemos diferenciar dos variantes: a) los textos que resumen las funciones de toros y b) los estadios de los festejos que popularizó Juan Marras (Fig. n.º 118).

Este lector, disconforme con la manera de informar de toros del *Diario*, propone al editor el 30 de julio de 1793 una alternativa distinta, más visual, rápida y escueta. Se trata de un cuadro estadístico dividido en nueve columnas verticales en el que se agrupan los datos informativos más significativos (desde el dueño del ganado hasta la situación de la estocada, pasando por el número de varas, banderillas, caballos muertos, matadores

	<i>Dueños del Ganado.</i>	<i>Pueblo de donde son.</i>	<i>Varns.</i>	<i>Vanderillas.</i>	<i>Caballos muertos.</i>	<i>Caballos heridos.</i>	<i>Matadores.</i>	<i>Estocadas y su situación.</i>	
FUNCIÓN DE LA MAÑANA	1	D. Joseph Gijón. Encarnada.	Villar rubia de los ojos Gua. ^{na}	4	11		Pedro Romero.	De una algo baja y dos puntazos y del segundo lo descabelló.	
	2	D. Alvaro Muñoz y Teruel. Verde	Ciudad Real.	8.	7.		1.	Antonio Romero.	De tres, la primera baxa, la segunda en hueso, y la tercera buena.
	3	D. Antonio Rascon Cornejo. Blanca.	Salamanca.	10.	11.	1. (1)	2.	Pedro Romero.	De una en hueso, y dos a volapié.
	4	D. Gabriel Gomez. Azul.	Arguedas en Navarra.	12.	6.	1.	1.	Antonio Romero.	De dos en hueso, una regular, y un buen puntazo.
	5	D. Alvaro Muñoz y Teruel.	Ciudad Real.	12.	8			Pedro Romero.	De una en hueso y otra asombrosa.
	6	D. Joseph Gijón.	Villar rubia de los ojos de Gua.	10.	6.	1. (2)	1.	Antonio Romero.	De una regular.
FUNCIÓN DE LA TARDE	1.	D. Joseph Gijón.	Villar rubia de &c.	9. (3)	8		1.	Pedro Romero.	De una en hueso, buena, y recargada se vió muy cerrado.
	2.	D. Alvaro Muñoz y Teruel.	Ciudad Real.	4.	9.		2.	Antonio Romero.	De una en hueso y otra regular.
	3.	D. Antonio Rascon Cornejo.	Salamanca.	1.	6 de fuego.			Pedro Romero.	De una en hueso y dos puntazos el segundo bueno.
	4.	D. Gabriel Gomez.	Arguedas en Navarra.	13.	11.	1.		Antonio Romero.	De una regular y 2 baxa.
	5.	D. Joseph Gijón.	De Villarrubia &c.	12.	10.	1.		Pedro Romero.	De una buena.
	6.	Idem.	Idem.	12.	9.			Antonio Romero.	Dio una estocada en hueso, 3 puntazos y una en hueso recargada.
	7.	D. Antonio Rascon Cornejo.	De Salamanca.	5.	7. (4)			Pedro Romero.	La prim. en hueso se vió muy cerrado; 2 puntazos y una a degollarlo de propisít.
	8.	D. Gabriel Gomez.	De Arguedas.	1.	6. de fuego			Antonio Romero.	De una alta en hueso, y otra degollado.

Fig. n.º 118.- *Ejemplo de estadillo* que contempla los resultados de un día de toros en funciones de mañana y tarde. Apud Cossío (1988: 8, 85).

actuantes...). Muy influido por la mentalidad positivista de la época, el objetivo era describir numéricamente lo sucedido en la arena sin el menor atisbo literario, reduciendo los hechos a la mínima expresión lingüística.

No fue la única vez que vio la luz este tipo de información taurina puesto que, en el año 1832, *El Correo Literario y Mercantil* tuvo que recurrir a los estadillos para evitar las enconadas disputas producidas por la falta de acuerdo entre el periódico y los lectores. La correspondencia que llegaba a la redacción era, en un alto porcentaje, una enmienda a la totalidad de lo publicado en la reseña taurina, así que, a José María Carnerero, a la sazón director del diario, no le quedó más remedio que optar por la estadística.

Sin duda, presentando solamente los resultados del festejo las críticas solamente podían provenir de algún error realizado en el recuento de los puyazos o de las estocadas, pero en ningún caso por un fallo en la valoración de una suerte o en el juicio vertido sobre la presentación de un toro. Esta solución fue transitoria porque, o no satisfizo al editor o no contó con el beneplácito de los lectores, pues lo cierto es que tras esa probatura que recuperaba la tradición del *Diario de Madrid* no volvió a repetirse en ningún otro periódico.

En esta primera etapa, las informaciones de toros que sí se prolongaron en el tiempo y gozaron de amplia repercusión fueron las reseñas técnico-informativas iniciadas por el *Diario de Madrid* y continuadas principalmente por *El Correo Literario y Mercantil*.

La nota peculiar que debe destacarse de estas narraciones es que su hilo argumental está condicionado por un criterio puramente cronológico. La aparición sucesiva del toro en el ruedo es la línea que guía el *tempo* de los textos, de lo que se deduce que el material informativo no se concentra en un punto concreto del relato sino que está distribuido por toda la narración. La estructura discursiva de estos textos la podemos dividir en tres partes bien diferenciadas. En un primer apartado contamos con los

datos informativos del festejo, en el segundo componente se nos presenta la descripción técnica y pormenorizada de lo sucedido en la lidia de cada uno de los toros, y finalmente el tercer bloque está compuesto por un párrafo en el que el autor deja constancia de su capacidad de juicio, es decir, un fragmento en el que combina información, interpretación e incluso opinión.

Es fundamental fijarse en el arranque de estas funciones de toros para descubrir el primer resquicio de la ficha técnica. En los primeros párrafos se nos informa del lugar y fecha de celebración del festejo, de la personalidad que lo presidía, los varilargueros que actuaban y finalmente los ganaderos que aportaban la gran cantidad de toros que se mataban.

Por otro lado, el relato toro a toro que se repetirá durante muchos años mantiene un mismo esquema informativo. A saber: ganadero, número de varas, banderillas prendidas en el morrillo y finalmente el nombre del torero que le dio muerte. Podemos comprobar en este ejemplo lo expuesto hasta el momento:

«El cuarto de D. Hermenegildo Díaz, tomó 11 varas y 13 banderillas; al principio no hacía caso de entrar a los caballos, pero después de calentado, entró con mucho ímpetu, que en parte se le debilitó, con motivo de haber tomado la segunda vara de Cañete en medio de la espaldilla. Con todo, a la tercera vara echó los pechos encima del caballo, de *Colmillo*, que lo cogió cuasi contra la barrera y se salvó saltando por ella; a la décima quiso el toro saltar la barrera, que no pudo y cayó en tierra, barriga arriba: a la oncena echó abajo el caballo de Cañete, quien cayó también, y se libró buenamente, en esta suerte quedó herido el caballo. Estoqueó Antonio Romero, quien dio a este toro una sola estocada regular, poco profunda y lo descabelló» (*Un Curioso*)².

² Véase *Diario de Madrid*, 23 y 24 de julio de 1793.

Si nos fijamos con cierto detenimiento en el texto de este bosquejo, la idea del anónimo autor es recoger la totalidad de la función de toros sin alterar nada —hacer la *revista*—, es decir, reflejar la realidad tal cual es, sin que en este segundo apartado pueda intuirse la huella del narrador. Además no debe despreciarse un dato: la escasa relevancia dada a la faena del diestro. Es lógico que así fuese, ya que todavía estamos en los albores del toreo a pie y los personajes principales informativamente hablando son los varilargueros, que todavía desfilan por delante de los matadores en el paseíllo y son un trasunto en la plaza de la nobleza caballeresca de décadas anteriores. No duró mucho su reinado (su puesto fue ocupado por el picador) y su rápida decadencia fue un síntoma palpable de la evolución del toreo que dará cada vez más importancia al matador.

Merece la pena recoger otra pequeña muestra para apreciar el tipo de enjuiciamiento que se ofrecía al final de los textos técnico-informativos. En ellos se hacía un repaso/resumen del comportamiento de los toros y de la actuación de los toreros. Se valoraba principalmente si habían estado acertados o si, por el contrario, erraron en el planteamiento de la faena.

«En general los toros de esta corrida de mañana y tarde fueron bastante flojos, y no muy buenos para el estoque, a excepción de algún toro. Pedro Romero mató con mucha inteligencia todo el día, pues aunque hubo alguna que otra estocada baja o delantera, esto no prueba nada en contra de su notoria pericia (...) Cuando en una corrida como ésta, en que no puede negarse la flojedad de la mayor parte de los toros, se mata regularmente se da la prueba más auténtica de la habilidad de un lidiador». (*Un Curioso*)³.

³ *Ibidem*.

Los textos de *El Correo Literario y Mercantil*, aunque mantienen sustancialmente la misma estructura, presentan algunas variaciones dignas de mención. Algunas de estas novedades fueron motivadas por la irrupción en los ruedos de Francisco Montes *Paquiro* y, otras, a causa de los textos que se debían a la pluma de Santos López Pelegrín (Fig. n.º 119).

El torero de Chiclana se erige, en solitario, en el primer gran dominador de la fiesta. Hasta entonces la posición de poder en la Fiesta había sido compartida, sin embargo *Paquiro* ejerce un dominio taurino sin contestación posible. Además este héroe, derrochador y cautivador de masas, surgido de la Real Escuela de Tauromaquia de Sevilla, era el mejor acicate para salir del oscuro túnel que había atravesado el toreo en los primeros años de la nueva centuria.

Por otro lado, el periodismo busca aparatos argumentativos para justificar la pervivencia del rito de la vida y la muerte. Y, sobre todo, se bucea y se encuentra en la Historia señas de identidad propias y genuinas con las que callar la boca de los incipientes abolicionistas. Se hace común, en los inicios de los relatos de toros de *El Correo Literario y Mercantil*⁴, un exordio erudito, de contenido filosófico o histórico-en defensa de la fiesta de toros.

Finalmente, otra de las cuestiones que debe destacarse de este diario (que se publicaba lunes, miércoles y viernes) es la identidad del anónimo escritor responsable de los textos taurinos. Forneas (2001) en una meticulosa labor indagadora descubrió, luego de un minucioso contraste de legajos, que tras la ausencia de firma se escondía la sabiduría de *Abenámbar*. Un hombre de letras, culto, abogado y diputado en Cortes por Guadalajara que también se dedicaba a escribir de toros en los periódicos. Pluma que conocía la breve historia de la tauroma-

⁴ Véase, *El Correo Literario y Mercantil*, 16 de julio de 1828.

quia, que explicaba las condiciones del toro, que manejaba con soltura el léxico taurino y, además, era una figura con una personalidad revestida de categoría moral que le permitía censurar las suertes del toreo innecesarias. Obsérvese la capacidad argumentativa y reflexiva de *Abenamar*:



Fig. n.º 119.- Ángel Lizcano: *Francisco Montes 'Paquiro'*. Colección particular, Apud Saíz Valdivieso, A.C. (Com.) (1984): *Toros y toreros en la pintura española*, Madrid, Banco de Bilbao, Lám. 39.

«Antes de que Joaquín Rodríguez *Costillares* inventase la suerte del volapié y después de que Francisco Romero perfeccionara la suerte de torear introduciendo el uso de la muleta para matar los toros cuerpo a cuerpo y por delante, es decir, en el tiempo que medió entre 1725 y 1770, con corta diferencia, no

es extraño que se sirviese de la media luna para matar los toros, pero tan luego como aquel diestrísimo torero halló el medio de atarlos, ora partiesen, ora dejasen de partir, debería desaparecer semejante diabólico instrumento, cuyo uso está en contradicción con los adelantos hechos en tauromaquia⁵» (*Abenámar*).

Si a estos consejos le añadimos que *El Correo* publicó en años sucesivos un profuso diccionario de términos taurinos, (*salir de najas, entrar a por uvas, tomar el olivo...*) no es difícil deducir que se está ante el primer atisbo del periodismo que toma partido, que aconseja cambios en pro de la Fiesta, es decir, un rotativo comprometido con el fomento y devenir de una nueva ciencia del toreo.

III. FOLLETINES DE TOROS: TEXTOS LÚDICO-POLÍTICOS

Desde que el periodista francés *Girardin* tuviera la genial idea de reservar el faldón de la portada de su periódico, *La Presse*, para publicar novelas por entregas para atraer lectores, su táctica se generalizará hasta el punto de hacerse habitual no sólo en los rotativos de su país, sino también en los españoles.⁶ De todos modos, la diferencia principal entre el folletín literario y el serial taurino tiene que ver con criterios rigurosamente periodísticos. Si nos fijamos con detenimiento, el publicado sobre materia taurina contiene una narración esencialmente informativa. Y es así porque, además de ir dirigido a un público lector muy concreto, lo que allí se cuenta está impregnado de actualidad, e incluso si se prefiere, de inmediatez, rasgos ajustados a la esfera comunicativa y no a la

⁵ Véase, *El Correo Literario y Mercantil*, 2 de septiembre, 1831.

⁶ Para profundizar en la influencia de los novelones del siglo XIX en la opinión pública hay un libro de referencia ineludible: Seoane, M.C: *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*. Madrid, Fundación Juan March, 1977.

literaria. Los lunes se celebraban las funciones de toros y los miércoles, es decir, tan pronto como los medios técnicos lo permitían, salía a la luz el relato de la misma (Fig. n.º 120).

Este cambio de nomenclatura de la reseña a los folletines lo inicia el rotativo denominado *El Porvenir* en torno a los años treinta del siglo XIX y luego será emulado por periódicos como *El Correo Nacional* y *El Herald de Madrid*.

Este cambio de ubicación en el periódico de los folletines (pasan a publicarse generalmente en las primeras páginas),



Fig. n.º 120.- *Caricatura político taurino*. Apud Cossio (1989): *Los toros*, Madrid, Espasa Calpe, vol 2, pág. 545.

unido a la incorporación de las firmas (el ejemplo más ilustrativo lo tenemos en *Abenámar*, aunque la anonimía se sigue manteniendo todavía en muchos casos) traerán consigo una inexcusable transformación en la estructura del texto, amén de las nuevas estrategias discursivas empleadas para atraer a otros lectores.

En primer lugar, la hegemonía de Montes se aprovechó para consolidar la fiesta de toros como espectáculo masivo.

Paquiro cumple con la función de héroe popular gran dilapidador de fuerza y vida, «el más borracho, el más mujeriego, derrochador sin cálculo de lo ganado en orgiásticos convites a una innumerable caterva de amigos» (Savater, 1981: 245).

Esta consolidación del toreo en la sociedad coincide con la estrategia de atraer a nuevos lectores a los periódicos mediante los folletines. Para conseguir tal propósito nada mejor que recurrir a textos originales, atrayentes, bien escritos, diferentes... ¿Quiénes reúnen tales condiciones y méritos? Sin duda, no otras personas que los escritores y hombres de letras, es decir, aquéllos con una formación intelectual lo suficientemente acreditada como para imaginar textos taurinos que sorprendan no sólo por el enjuiciamiento de las faenas de los toreros sino por la aportación de otros aditamentos.

Santos López Pelegrín (*Abenámar*) seguido de Estébanez Calderón (*El Solitario*) inauguran la nómina de escritores que deshacen el perjuicio más difundido de la época, que hacía incompatible escribir de toros y ser una persona culta y refinada. «Se pensaba (a principios de siglo) que informar sobre toros era una tarea indigna de plumas prestigiosas y una actividad de la que no cabe esperar gloria alguna» (Bernal, 1997: 134).

Esta adquisición de *estatus* literario comporta una dificultad añadida al análisis: como ahora los folletines responden a la capacidad fabuladora de sus escritores es más complejo encontrar un modelo tipo que se repita. Con todo, la fórmula más célebre fue la implantada por *Abenámar* que consistía en mezclar la política y los toros. Temas tan distantes el uno del otro pero que *Abenámar* conjugaba en un mismo texto con una naturalidad sorprendente y envidiable. Por ejemplo, metafóricamente, convertía el Parlamento en un imaginario ruedo donde los toreros (políticos) se la jugaban entre florilegios retóricos para recibir la censura o aprobación de los aficionados (periodistas y parlamentarios en general).

«Si una plaza no se parece al sistema representativo de España y si los lidiadores no se parecen a los generales y ministros, digo que no entiendo una palabra de achaques de parecimientos»⁷ (Abenámar).

Esta mezcla de política y toros fue muy común a lo largo del siglo XIX y no fueron pocos los periodistas que recurrieron a ella. Además del mencionado *Abenámar* cabe citar a Estébanez Calderón –*El Solitario*–, Joaquín Simán e Illescas –*Pero Grullo*–, Peña y Goñi, Manuel López Azcutia –*Fierabrás*–, Mariano de Cavia –*Sobaquillo*–, José de la Loma –*Don Modesto*–, etc.

La gran innovación de los folletines taurinos no fue sólo esta incorporación del mundillo político al universo taurino sino que además se produjo un cambio en la estructura interna. En primer lugar desaparece, por superfluo, el exordio justificativo. La fiesta brava tiene suficientes vuelos y profundo arraigo en la sociedad como para que haya obligatoriedad de explicar a los lectores las razones de la continuidad de los festejos. Las tres unidades discursivas se reducen a dos. Las primeras, atrevidas, jocosas, irónicas y algunas veces hirientes hasta el punto que ningún político quedó a salvo de la crítica más mordaz:

«La crisis ministerial y los toros corren parejas. Desde el momento en que se anuncian estas funciones no hay bicho viviente que no se acueste preguntándose ¿qué tenemos de crisis? Que se levante con la crisis y que coma con la crisis (...) Los toros que se lidiaron el día 23 son idénticos en condiciones y tienen el mismo trapío que los ministros actuales; por manera que los catorce bichos pertenecen a una misma ganadería, todos merecen perros, fuego y por concisión la media luna. Pero como en la patria del Cid no se puede vivir sin mal gobierno ni sin

⁷ Véase *El Correo Nacional*, 13 de junio de 1839.

toros, se nos abren las carnes de gusto cuando sabemos que de una y otra cosa tenemos para nuestro recreo» (*Pero Grullo*)⁸.

La segunda parte se centra exclusivamente en la materia taurina. Se mantiene la tradición anterior y la narración de los hechos se hace cronológicamente toro a toro, sin alterar el orden de los acontecimientos. Son textos eminentemente informativos y minuciosamente sustanciados que descuellan por su donaire literario, por las licencias poéticas (es frecuente ver intercalado en el texto algunos versos), por las metáforas portentosas, por diálogos, a veces, desternillantes, e incluso, por comparaciones disparatadas... Estas maniobras para atraer lectores van a exigir a éstos últimos ciertas competencias no sólo taumáticas, sino también políticas, literarias, históricas... para poder comprender plenamente el sentido de las críticas.

«Segundo: de Paredes (Colmenar Viejo). Este toro hubiera hecho mal marido; era receloso. Pertenece a la escuela del año 12; un costal de malicias y desconfianzas. Tomó seis varas, le pusieron cuatro pares de banderillas y le mató Lucas Blanco de una regular, recibéndole» (*Abenámar*)⁹ (Fig. n.º 121).

En esta segunda parte del folletín se deposita una de las semillas más importantes de los escritos taurinos, que ha ido germinando con el paso del tiempo, y que no es otra que la función

⁸ Véase *El Eco del Comercio*, 25 de julio de 1846. *Pero Grullo* (Joaquín Simán e Illescas) fue uno de los periodistas más críticos con el sistema político que ejerció en este rotativo (temporadas: 1845: 46 y 47). Además es conveniente conocer que *El Eco del Comercio* fue el heredero de *El Boletín del Comercio*, que representaba el progresismo en los primeros años de la monarquía de la joven Isabel II.

⁹ Véase, *El Porvenir*, 7 de junio de 1837. Obsérvese esa referencia a los seguidores de la Constitución de 1812, denominado los doceañistas, como personas de poco fiar y maliciosos, por el hecho de querer una Carta Magna liberal.

crítica. «Es la obra sustantiva de la crítica: orientar a los descarriados, educar a los entusiastas y enseñar a los ignorantes. Después, enjuiciar, que es el sagrado sacerdocio de su función». (González Acebal, 1956: 10-11). Si un rasgo diferencia en la actualidad a este género periodístico es su inconformismo con la realidad que enjuicia, y sobre todo su capacidad de influir en el propio devenir de la Fiesta.



Fig. n.º 121.- D. Santos López Pelegrín. Autor de la *Filosofía de los Toros*. Apud Calcografía Nacional, Madrid.

Esta realidad, hoy meridianamente constatable echó sus raíces en los años centrales del siglo XIX. A veces con sonados aciertos (como las críticas al desjarrete y a las banderillas de fuego), en otras ocasiones con sonoros errores (las terribles censuras que sufrió el sevillano Curro *Cúchares*) pero siempre tomando partido antes los cambios y nunca permaneciendo indiferente. Como botón de muestra, he seleccionado la crítica deta-

llada y justa, realizada por *Pero Grullo*, tanto al picador, por su falta de pericia, como a su jefe de filas, por sacar al toro de la jurisdicción del piquero con excesiva premura:

«No cumpliría mi deber si no reprendiese al picador *Poquitopán*, diciéndole que se va haciendo muy mal trabajo y que nos disgusta el poco acierto que tiene para lucirse, así como al *Chiclanero* lo listo que se encuentra para meter el capote al toro. Sírvale a este diestro de aviso para su gobierno que no sea solícito en meter el capote al toro al llegar a los picadores, porque con esto vacía fuera el bicho y no vemos lucirse a aquéllos» (*Pero Grullo*)¹⁰.

He de consignar, como última transformación, que los folletines de toros suponen la desaparición de la evaluación final que se ofrecía en el último párrafo de las reseñas de toros. No tiene mucho sentido seguir manteniendo esta norma porque en el segundo bloque, a la par que se ha ido describiendo el festejo se ha ido enjuiciando el comportamiento de los toros, la labor de los picadores, la destreza de los banderilleros y las faenas de los matadores. Éstas, cada vez con más frecuencia, van convirtiéndose en el momento de la faena que más comentarios suscita. La causa es la implementación exquisita que aporta *Cúchares* a la muleta, que deja de ser un mero instrumento de apoyo para el estoque con el que se da muerte al toro para ascender su utilización a la categoría de tarea artística (Fig. n.º 122).

Para poner fin a este apartado, me gustaría dejar constancia de dos curiosidades estilísticas, que aunque no fueron muy comunes, llaman la atención precisamente por su singularidad. Por un lado tenemos las funciones de toros reseñadas mediante poesías y las corridas descritas a través de diálogos. El más lúcido de los periodistas metidos a poeta fue *Don Clarencio* (José Velázquez y Sánchez) que con sus *Cartas*

¹⁰ Véase *El Eco del Comercio*, 17 de mayo de 1845.

Tauromáquicas (1880) imprimió al relato taurino un gracejo saleroso, de fácil lectura y rítmica musicalidad. Con los relatos taurinos escritos en versos polimétricos, su autor pretendía informar y entretener, además de buscar el lucimiento personal. Tuvo tan buena acogida esta peculiar manera de reseñar una corrida que los versos que describieron las temporadas de 1853, 1855 y 1858 se editaron en dos volúmenes. La segunda



Fig. n.º 122.- Francisco Arjona: *Cúchares La Lidia* 23 de abril de 1883. Apud Cossío (1988: 8, 215).

peculiaridad son los diálogos mantenidos entre *Grullo* y *El Cachetero*. A través de estos dos personajes de ficción Joaquín Simán Illescas refiere con todo lujo de detalles los entresijos de la corrida que ha presenciado. Estos dos interlocutores enfrentados en los gustos rebaten continuamente sus puntos de vista

intentando con todos los recursos retóricos disponibles, influir en el pensamiento del adversario e indirectamente en el ánimo del lector. Con esta manera de mostrar la realidad, el autor presenta dos formas distintas de entender el quehacer taurino y lo más importante, se le ofrece al lector la posibilidad de elegir uno de los discernimientos exhibidos.

IV. LA REVISTA DE TOROS: EL PÓRTICO DE UNA REVOLUCIÓN

Con el discurrir de los años van desapareciendo los folletines de los periódicos, cuyo hueco va a ser reemplazado por la revista de toros. Muchos y muy variados han sido los intentos de delimitar esta peliaguda expresión. Sánchez de Neira, en su *Gran Diccionario Taurómico* (1896-1897) se preocupó más de esclarecer cuáles eran las cualidades que debía reunir un revistero que de ofrecer una definición exitosa del vocablo. Tal vez la definición más aséptica de este escurridizo concepto nos la ofrece Nieto Manjón más que nada porque intenta circunscribirla a unas coordenadas temporales. Así argumenta que la revista de toros «es un examen que se hace y publica de las fiestas de toros celebradas en las principales plazas; tal período dio lugar a una jerga muy rica e interesante» (1991: 372).

Puede decirse que la primera revista de toros de la que tenemos constancia es la publicada el 3 de junio de 1867 en *El Imparcial* y que lleva la firma de *Don Éxito*, pseudónimo de D. Eduardo de la Loma (Forneas, 2001). El primordial contraste con los folletines es que la revista no tiene como tarea atraer la atención de los lectores con temas alejados de la tauromaquia. El texto de las revistas se centra únicamente en lo ocurrido en el ruedo, lo cual no quiere decir que éstas estén exentas por completo de alusiones a la política, a los generales o a cualquier otro suceso que mereciese la socarrona y cínica diatriba. Lo que ocurre es que estas referencias a la vida social

son anecdóticas y tangenciales y su misión es barnizar lo taurino pero sin entrar en competencia con ello.

Otra alteración que consolidó la revista de toros consistió en la primacía del firmante. Aunque *El Heraldo* mantuvo la anonimidad como norma, casi todos los periódicos del último tercio del siglo XIX incorporan la firma a sus relatos de toros. Se hacen comunes los pseudónimos y Peña y Goñi marca la pauta en *El Imparcial* como él mismo nos cuenta:

«Hacia el año 1874 escribí una revista de toros y gustó a mis compañeros de redacción, que me invistieron desde luego con el cargo oficial de revistero, previa venia del propietario, Sr. Gasset y Artime, que se manifestó conmigo siempre afable y cariñoso. Una vez en posesión de mi nuevo cargo, pensé, desde luego, en dar a mis revistas una forma especial y en revestirlas de ciertos alicientes literarios (...) Así nacieron el “Tío Jilena” y la “señá Pascuala”; así nacieron “Tanasi”, “D. Nifacio”, “Caminante” y demás personajes» (Peña y Goñi).¹¹

Con las matizaciones apuntadas, los materiales informativos que conforman las revistas de toros son las palancas sobre los que se impulsó la Fiesta y que se fueron consolidando a lo largo de casi un siglo: toro, torero, público. No debe obviarse la época taurina a la que nos estamos refiriendo. Muerto el *Chiclanero*, desaparecido Manuel Domínguez *Desperdicios* y ya sin facultades Cayetano Sanz, surge la endiablada rivalidad entre Rafael Molina *Lagartijo* y Salvador Sánchez *Frascuero*. Dos concepciones enfrentadas sin conciliación posible. O se era del bando frascuelista o se pertenecía a la cohorte de seguidores del torero cordobés. Lo único prohibido en aquella enconada disputa taurina era la indiferencia. Y en el trasfondo dos periódicos de excepción para contárnoslo: *El Imparcial* (Peña

¹¹ Citado en De Torres (1989: 370).

y Goñi, convencido frascuelista) y *El Liberal* (Mariano de Cavia Sobaquillo, férreo defensor de *Lagartijo*).

La estructura de la revista permanece invariable, los cambios más sobresalientes se producen en la profundidad de las apreciaciones y en la distribución del espacio informativo. Lo esencial, a juicio del revistero, haya ocurrido en tercer o sexto lugar, es lo más generosamente desarrollado y explicado. En las revistas de estos dos periódicos y de los muchos que proliferaron en aquella época se aprecia ya con toda nitidez la mezcla en los distintos párrafos de información desnuda de aparato argumentativo (número de toros lidiados, toreros actuantes y descripción de sus vestidos, número de puyazos y banderillas, colocación de las estocadas...) con la interpretación de las faenas (análisis subjetivos de la actuación de los toreros en virtud de las condiciones del toro) y todo ello enriquecido con juicios de pura opinión del revistero (valoración de la faena, enjuiciamiento del comportamiento del presidente del festejo, de la labor de los banderilleros, de la colocación y rectitud del director de lidia...).

El esquema más repetido de las revistas, dentro de las lógicas y evidentes diferencias imaginables entre los estilos de los más diversos revisteros y de los propios periódicos en los que publicaban sus textos, eran la que se propone a continuación:

IV.a.- Introducción que, por regla general, profundiza en alguna controversia taurina de actualidad (la defensa de un torero, la censura de la aplicación de ciertas suertes, el comentario agrio o elogioso sobre una faena anterior...).

IV.b.- La narración cronológica de los sucedido en el ruedo compuesta por los siguientes elementos:

IV.b.1.- Descripción del toro (el color de su capas, el peso, su morfología, la correspondencia de sus hechuras con las de su estirpe, etc.);

- IV.b.2.- Comportamiento de la fiera con los del castoreño y la valoración de la pericia y habilidad de éstos (número de puyas recibidas, si apretó con los riñones, si se repuchó como manso y quiso quitarse la vara, si huyó del castigo...);
 - IV.b.3.- Las incidencias del segundo tercio (el número de palitroques prendidos en el morrillo del toro, la ubicación de los pares, la suerte puesta en práctica, la idoneidad de ésta a las características del toro);
 - IV.b.4.- La faena de muleta descrita paso a paso (los pases ejecutados, su valoración, la suerte suprema, colocación de la espada);
 - IV.b.5.- Referencia a la reacción y comportamiento del público.
- IV.c.- *Resumen final*, con una sinopsis crítica y un epítome concluyente y certero sobre el festejo, considerado no como simple suma de las heterogéneas partes sino como una totalidad global y superior.

V. LA SUBLEVACIÓN BELMONTINA Y LA APARICIÓN DE LA CRÓNICA TAURINA

No podría vislumbrarse bien el salto cualitativo que supuso la aparición de la crónica taurina si no hiciéramos el esfuerzo de comprender las transformaciones convulsas que se produjeron en la encrucijada del cambio de siglo y en los primeros años del que se iniciaba. Los modelos heredados de épocas pasadas estaban caducos y eran inservibles para explicar los signos de los nuevos tiempos. Por ejemplo, la puritana y conservadora burguesía francesa no digiere las ingeniosidades de los poetas simbolistas a los que acusa de herejes y desarraigados.

No sólo en el ámbito poético sino también en el de las artes en general las trasformaciones se suceden vertiginosamente. Por esas misas fechas Picasso pinta *Les Femmes d'Alger*; D'Annunzio proclama su lema: *el peligro es el eje de la vida* y somete a riesgo permanente cada situación. Kafka y Joyce rompen con la tradición de la laboriosa novela decimonónica y enfrentan a la literatura a nuevos y emocionantes retos. Y lo más culminante para la historia reciente, Lenin y Trotsky están protagonizando el triunfo de la revolución proletaria que cambiaría el devenir de los acontecimientos siglo XX. Todo esto en apenas una par de decenios era suficiente caldo de cultivo para lo que habría de llegar después.

España, a pesar de mantenerse relativamente al margen de la evolución europea, sufre su especial conmoción tanto política como económica, social y cultural. Es cierto, como reconoce Ortega y Gasset, que hay una España muerta, divorciada y aislada del resto de Europa, pero también es verdad que entre bambalinas se percibe otra España nueva, emergente y dinámica. La metáfora de las dos España no era original, pero el filósofo madrileño la recoge para hacer desaparecer la visión rancia y enquistada de la caciquil sociedad decimonónica. Surge una nueva España incrédula e indiferente hacia las costumbres religiosas y monárquicas, con pretensiones políticas liberales y cargadas de ideas modernas.

El toreo no va a quedar al margen y, además de sufrir su particular revolución, se convierte en el flanco de muchas críticas, sobre todo de los regeneracionistas que ven en la tauromaquia un espectáculo bárbaro y anacrónico que nos aleja cruelmente de la pulcritud de Europa. Con todo, el toreo, como sostiene Bergamín (1985: 66), «tiene de ejemplar y significativo lo que fuera de la plaza sucede en la vida española».

A pesar de las críticas e, incluso por encima de ellas, es innegable reconocer que el universo taurino, como toda obra de

creación humana, ha tenido sus momentos álgidos y sus fases de decaimiento. La tauromaquia había pasado de espectáculo genuinamente bárbaro y primitivamente anárquico a expresión artística en su disposición y en su forma, en su envoltura exterior y en su sustancia interior. Y lo mismo que los intelectuales de la Generación del 14 habían identificado una España carcomida y apollada y otra rejuvenecida y vitalista, también en el toreo aparecen dos figuras paradigmáticas que suponen el fin de la época clásica y el comienzo de la moderna: *Joselito* y *Belmonte*.

La figura de *Joselito* era el final del trayecto de lo que hoy ha dado en llamarse toreo clásico. El hermano menor de los *Gallo* reunía en su tauromaquia toda la experiencia y las conquistas de las etapas anteriores. La seguridad estoqueadora de Pedro Romero, la inteligencia de *Pepe Hillo*, la creatividad capotera de Montes, el arte muletero de *Cúchares*, la habilidad banderillera de *El Gordito*, la maestría de *Guerrita*... Las leyes taurinas eran conocidas por el torero de La Alameda de Hércules hasta en el más mínimo detalle. Ningún conocimiento de la ciencia taurómaca le estaba vedado y su sapiencia era tan enciclopédica que se decía en sus años de figura máxima del toreo que para que lo cogiese un toro habría que tirarle un cuerno. Ante esta tesitura a la Fiesta de toros se le abrían dos posibilidades: acomodarse a los moldes anteriores y degenerar en un manierismo decadente o romper con la tradición decimonónica violentamente e imponer nuevas maneras de interpretar las reglas taurinas. Belmonte, con un cuerpo frágil, sin la belleza apolínea de *Joselito* y con las carencias propias de la falta de técnica, opta por la segunda alternativa. Esta difícil opción va a traer consigo nuevas exigencias que estremerán las propias bases del toreo.

V.a.- *El público*. Ese juez supremo e implacable en el que se había convertido el público, que decide los triunfos y los fracasos de los toreros, había sido, según Díaz Yanes, «racionalista y conservador, en el buen sentido de la palabra, y llevó consigo

a las plazas su pasión por el orden, por el trabajo bien hecho, por la estabilidad emocional e, incluso, por la responsabilidad personal» (1993: 143). Sin embargo, el público de principios de siglo es más urbano, de gustos más refinados y se acerca a las plazas con otra visión del mundo y con una nueva sensibilidad ante la obra de arte. Se apasiona con Belmonte porque es iconoclasta, porque no cumple con las prerrogativas clásicas del toreo y porque descubre en sus formas un universo de potencialidades taurinas ignorado hasta el momento.

V.b.- *Los toros*. La selección específica y singular del ganado de lidia empieza a popularizarse en los años de la hegemonía de *Guerrita*. Además, éste ya empieza a exigir a su peonaje que lidie y trabaje con la mente puesta en la faena de muleta. Los ganaderos, teniendo una visión mercantil de la Fiesta y aceptando de mal grado las puyas de los periodistas, cumplieron con las exigencias selectivas que imponían las figuras. Transigieron con la entrada de los veedores en las fincas y aceptaron sus consejos antes de embarcar las corridas¹². Si antes se elegían los toros en función de los criterios de bravura de su criador ahora entrarán en juego otras variables. Y es obvio, para el toreo estético y estático de Belmonte era imprescindible un toro adecuado ya que no servía cualquier res de lidia.

V.c.- *Los toreros*. En aquel momento, para los lidiadores, el referente máximo era *Joselito* al que tenían por el exponente máximo de la maestría. Juan Belmonte, bajito, feo, sin cintura y hasta tartamudo, no puede competir con aquél en su propio terreno. Su revolución es ponerse en el sitio del toro. Su estrategia para no ser corneado reside en pararse con él, recibir

¹² Es erróneo pensar que este personaje es un fenómeno actual puesto que las dos figuras más importantes del momento ya contaban con sus servicios profesionales. Juan Soto era el veedor de *Joselito* mientras que Belmonte encomendó esta tarea a Domingo Ruiz.

la embestida hasta que el toro llegase a la jurisdicción de los engaños, someter su acometida bajando la mano, templar su ímpetu, y cuando el animal estuviese detrás de la cadera y no se pudiese prolongar más el recorrido del lance, vaciar la embestida con un tenue y leve toque de muñeca para despedirlo del cuerpo (Fig. n.º 123).



Fig. n.º 123.- José Gómez Ortega 'Gallito' y Juan Belmonte en un Cartel de 1917. Apud Claramount (1989): *Historia Ilustrada de la Tauromaquia II*. Colección Tauromaquia n.º 17, Madrid, Espasa Calpe.

La consecuencia asombrosa e inverosímil de esta nueva forma de torear consistió en la ligazón de las series. Como su nuevo concepto del toreo estaba sustentado en las muñecas y en el temple, los pases dejaron de ser deslavazados y empezaron a reunirse en series unitarias. Cuando el bravo saliese de los vuelos del

engaño Belmonte giraba el cuerpo y sin enmendar la plana esperaba con valor estoico la nueva arrancada para repetir la operación. Así una y otra vez hasta que el embroque se hiciera tan ajustado que el pase de pecho era obligado para dar salida al burrel.

Inmovilidad, temple, riesgo, patetismo, la expresión exterior de un sentimiento interior y la ruptura con las ordenanzas ortodoxas fueron los elementos del misterio taurino de Juan Belmonte que no pasó desapercibido en ningún ámbito de la vida nacional. La fiesta ofrecida en Madrid al incipiente novillero por las personalidades más destacadas del mundo de la cultura (Valle-Inclán, Gómez de la Serna, Pérez de Ayala, etc.) así lo atestigua.

Como ya había ocurrido en otras ocasiones, una nueva forma de explicar el toreo debía ir aparejada perentoriamente de una novedosa cualidad en la escritura de toros. Si se modifican las formas de torear se transforman los relatos taurinos. Nace en estos años lo que tanto Forneas como Bernal, siguiendo las propuestas de José María de Cossío, han denominado la crónica taurina impresionista. «En los años finales del siglo XIX, la crónica técnico-informativa comienza a declinar. Es más que probable que la reiteración de un esquema estructural como el suyo conllevara rigidez y monotonía, y como consecuencia, el aburrimiento del lector» (Bernal, 1997: 145).

La técnica impresionista aplicada al periodismo guarda relación con las novedades pictóricas impuestas por Monet. Antes que describir minuciosamente los acontecimientos había que ofrecer la sensación que producían. Las palabras adecuadas, la estructura sintáctica deslumbrante, las frases musicales y pegadizas tenían por finalidad dar color a la impresión que causaban los hechos antes que exponer la realidad tal cual era.

Y a esta tarea primordial y sugestiva se aplica la pluma de *Don Modesto* en *El Liberal*. Su tribuna "Desde la barrera" es la voz del cronista, ya que él es el responsable de seleccionar, del

poliédrico retablo taurino, aquello que mejor le conviene para sus intereses periodísticos. La narración de la crónica taurina ya no es un fiel reflejo de lo sucedido en el ruedo sino el resultado de un proceso creativo que ofrece las sensaciones taurinas captadas por el firmante. El hecho narrado (la corrida de toros) es desgajado subjetivamente en las porciones precisas y no en las seis previamente establecidas. El relato cronológico y la aportación de datos informativos en los primeros párrafos es reemplazado por la selección de los momentos estelares del festejo y por el enjuiciamiento crítico e ingenioso del cronista.

Un rico anecdotario taurino, un perfecto manejo de la jerga taurina, maestría en la selección de los hechos, ponderación en el juicio y un lenguaje sentencioso, vitalista, a veces hasta hiperbólico, son las características propias de las crónicas taurinas que publica, hacia 1890, *Don Modesto* en *El Liberal*. Contrastan sus textos con los de sus contemporáneos (*El Doctor Thebussem*, Ramos Carrión, Ricardo de la Vega...) que siguen la estructura rígida y cronológica de las revistas. Él resume lo que se puede obviar, lanza proclamas incendiarias («Vicente Pastor: un huevo sin sal»; «Cuando hay toros no hay toreros»; «Embajadores 9, segundo, ¡¡Hay ascensor!!») y al final de sus crónicas era frecuente que sintetizase lo ocurrido:

«Tres de un golpe que ya es dar. *Botillero*, *Sortijo* y *Canario*. Castaños albardaos los dos primeros y berrendo en castaño el último. *Sortijo* fue el mejor toro de toda la tarde, salvo otros pareceres (...). *Lagartijo*, con mucho desahogo, le muleteó de cerca, parando poco, pero acertó a dar muy buena estocada, entrando y saliendo superiormente. El colmenareño durmióse para siempre y la concurrencia despertó entusiasmada y echó al muchacho hasta el gorro de dormir» (*Don Modesto*)¹³.

¹³ Véase *El Liberal*, 10 de junio de 1895.

«Los toros regulares.

Los matadores cumplieron, trabajando con fe; pero sin que pueda considerarse detalle alguno digno de figurar en los anales taurinos» (*Don Modesto*)¹⁴ (Fig. n.º 124).

La fecha de imposible retorno fue el 25 de marzo de 1915 y el acontecimiento, la conferencia que pronunció *Don Modesto* en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. En ella estableció con suma claridad las diferencias existentes entre el revistero taurino y el cronista de toros. En opinión de D. José de la Loma, el revistero es un devoto narrador de los sucesos que han tenido lugar en la arena. Éste debe anotar meticulosamente todo cuanto ocurra en el ruedo y darlo a conocer tal cual, como si se tratase de un espejo.

«Esta es la misión del revistero. *Claridades*, *Barquero*, P. Álvarez, *Pepe Laña*, *Corinto* y *Oro* han popularizado sus pseudónimos relatando con escrupulosa sinceridad los lances del espectáculo. Luego, al día siguiente, surge el cronista. Éste no es un detallista, sino que tiene el deber de comentar, con arreglo a su especial criterio, los lances más importantes de la fiesta. Debe juzgarlos y clasificarlos. Debe dar a cada lidiador el pago a que por su faena se haya hecho acreedor. Yo por escribir en *El Liberal*, diario de la mañana, soy cronista no revistero de toros» (Forneas, 2001: 180).

El peligro de la crónica es que la subjetividad atropelle a la información de tal manera que no se cumpla con la función propia de este peculiar género periodístico. Para no atravesar la vaporosa frontera que diferencia a los géneros interpretativos de los géneros de opinión debe requerirse un perfecto equilibrio entre la parte sentimental y afectiva, genuina de la capacidad imaginativa del autor, y su dimensión informativa, exigencia

¹⁴ Véase *El Liberal*, 15 de abril, de 1900.

periodística que justifica su publicación en un medio de comunicación.

El cambio notable y más significativo que trajo consigo la implantación de la crónica taurina es que el objeto de referencia no imponía las condiciones narrativas como sí ocurría, en cambio, en la revista. Como ha escrito Corrochano (1999: 24) «la mayor dificultad de la crítica (*crónica*) taurina está en la falta de objeto de referencia. Todo ha pasado. No queda rastro de la



Fig. n.º 124.- Don Modesto. Apud Cossío (1989: 8, 127).

corrida. Apoyamos la razón en lo que vimos y ya no vemos. La crítica (*crónica*) no tiene fundamento estable»¹⁵. No hay obligación de reseñarlo todo. Lo anodino, lo insustancial, lo insulso puede permanecer en el olvido.

¹⁵ Las cursivas son más al igual que la introducción del término *crónica*, que yo identifico con el mismo sentido que Corrochano daba al vocablo *crítica*.

La consolidación y éxito de las crónicas taurinas en general llegó desde la tribuna de *ABC* y sobre todo cuando el revistero *Dulzuras* es sustituido por el cronista Corrochano, «reflejo en el periodismo de la revolución belmontina» (González Acebal, 1956: 21). Con su firma, *ABC* retoma el legado de *Don Modesto*, y lo que en principio nació como fruto del azar, con el paso del tiempo se asentó como norma y creó larga y prolífica escuela. Una nueva manera de ver toros y una impar fórmula de redactar crónicas. En sus textos, Corrochano no se preocupa tanto de informar al milímetro¹⁶ y sí de hacer sentir a los espectadores que el toreo es una fuente inagotable de arte que apasiona o se aborrece pero que nunca deja indiferente.

Ordena el relato arbitrariamente, concede importancia a lo que él considera oportuno aunque no sea lo estadísticamente más destacado, introduce sus ponderaciones en los momentos apropiados... Y lo primordial; nunca oculta sus verdades taurinas. Acertada o equivocadamente, tras su reflexión propone su juicio de valor y alaba cuando es conveniente y censura sin más miramiento.

Lógicamente bucear en los textos para encontrar una estructura arquetípica es hartamente difícil. No es un demérito, sino al contrario, una virtud y una innovación: al no tener un esquema previamente establecido al que someterse, su narración no está sujeta nada más que a su capacidad narrativa. Puede empezar el texto con una anécdota, rememorando una fecha de la historia del toreo, una cita... O simplemente cuando la corrida no da para más, puede enjuiciar directamente las faenas de los toreros. Así pues, el texto es un todo compacto, sólido y bien cimentado. La

¹⁶ Véase, por vía de excepción, la crónica del 17 de mayo de 1920. Este texto es un dechado de virtudes informativas. En la crónica se relata detalladamente la dramática muerte de *Joselito* en Talavera. Toda su prosa queda sacrificada en pro de la información. Es un trabajo impecable desde el punto de vista informativo.

valoración del mismo debe hacerse globalmente y no por partes. Obsérvese, por vía de ejemplo, el siguiente fragmento:

«Con la muleta no paró, no hizo nada, y con el estoque pinchó en el cuello de los toros. Con el capote fue con lo que estuvo mejor y con las banderillas hubo más gracia que perfección. Las preparaciones fueron juguetonas, alegres, musicales. Salsa, mucha salsa, que es el secreto de muchas cosas. Los caracoles



Fig. n.º 125.- *Gregorio Corrochano*. Apud Solapa Colección Tauromaquia, n.º 19, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 1989.

son repugnantes y la salsa los hace apetitosos. Y esto es Rafael: la salsa de toreo» (Gregorio Corrochano)¹⁷ (Fig. n.º 125).

No estuvo bien Rafael *El Gallo*, pero ese hecho no importó al cronista, que por arte de *birlibirloque* lo convirtió en el cen-

¹⁷ Véase *ABC* (Madrid) 22 de marzo de 1920.

tro de atención de la crónica, es decir, en su nudo argumental. A sus compañeros de terna, incluso habiendo cortado alguna oreja, caso de *Torquito*, apenas si les dedica algunas líneas. Justifica su postura con estas palabras: «Por lo demás, yo no voy a Vista Alegre, a la molesta Vista Alegre, por ver una corrida de toros, voy a ver a Rafael, por visitar las ruinas del toreo, que no es lo mismo».

Aquí pongo fin al recorrido analítico iniciado en los años finales del siglo XVIII y que ha desembocado en los años previos a la proclamación de la II^a República. Tras los primeros años de verdadera democracia del siglo XX y con el triunfo de las tropas golpistas de Franco se impuso un período de silencio periodístico que también afectó al mundo de los toros.

Descendió considerablemente el número de vacadas, el papel se hizo un bien escaso y caro, la crítica se pervirtió con la práctica de los sobrecogedores y se pusieron de moda para ciertos toreros de relumbrón la firma de exclusivas con las grandes empresas...

Muchos cambios en poco tiempo que, como no podía ser una excepción a la hipótesis aquí mantenida, produjeron sus alteraciones en la plazueta periodística. Esta época, por sus irrepetibles y abominables peculiaridades merece un estudio aparte que me comprometo desde este mismo instante, y con sumo gusto, a realizar.

BIBLIOGRAFÍA

- Bergamín, J. (1985): *La claridad del toreo*, Turner, Madrid.
- Bernal Rodríguez, M. (1997): *La crónica periodística. Tres aproximaciones a su estudio*, Padilla Libreros, Sevilla.
- Carmena y Millán (1883): *Bibliografía de la tauromaquia*. Madrid, Librería de Fernando Fe.
- Cossío, J. M^a. (1988): *Los Toros*, Madrid, Espasa Calpe, vol. 8. .
_____(1989): *Los Toros*, Madrid, Espasa Calpe, vol. 2.
- Corrochano, G. (1999): *Tauromaquias*. Espasa Calpe, Madrid.
- De Torres, J. C. (1989): *Léxico español de los toros. Contribución a su estudio*. Madrid, CSIC.
- Díaz Yanes, A. (1992 (2003)): "Belmonte en Joselito", *Revista de Estudios Taurinos*, n.º 17, reedición n.º 0, *X Aniversario*, Sevilla. Fundación de Estudios Taurinos.
- Forneas, M. C. (2001): *Periodistas taurinos españoles del siglo XIX*, Madrid, Fragua.
- _____(2002): "Otra visión de *El Correo Literario y Mercantil* (1828-1833)" en *Actas del II Seminario de Periodismo Taurino* de Bernal Rodríguez y Espejo Cala, Sevilla, Padilla Libreros.
- Gómez Aparicio, P. (1971): *Historia del periodismo español. De la revolución de septiembre al desastre colonial*. Madrid, Editora Nacional.
- González Acebal, E. (1956): *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*, Madrid, Los de José y Juan.
- Nieto Manjón, L. (1991): *Diccionario ilustrado de términos taurinos*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Sánchez de Neira, J. (1896-1897): *Gran diccionario taurómico*, Madrid, Regino Velasco impresor.
- Savater, F. (1981): *La tarea del héroe*, Madrid, Taurus.
- Seoane, M. C. (1977): *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*. Madrid, Fundación Juan March.

-
- _____(1987): *Historia del periodismo en España. El siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial.
- Torres, J. C. (1989): *Léxico español de los toros. Contribución a su estudio*, Madrid, CSIC.

